

ERASE UNA VEZ YALE

La rebelión ha llegado hasta los más ilustres santuarios de la vieja América. Esas grandes reservas del «establishment» nacional que eran las Universidades de prestigio, en primer lugar la de Yale, se vieron afectadas por una gran oleada de protestas. Hace pocos meses, la gente se interesaba por la novedad que representaba la inscripción en esa Universidad de unos cuantos centenares de muchachas. Las grandes revistas y las redes de televisión registraban, con una atención digna de un gran experimento antropológico, la emoción de las muchachas de provincia al ser las primeras, en 270 años de historia, en sentarse en los bancos y vivir en las residencias de la famosa Universidad, pero también su desilusión al comprobar que los «Yale men» seguían prefiriendo a las estudiantes de Vassar, Wellesley, Smith e incluso a las de Albertus Magnus, como compañeras para el fin de semana.

Hasta ahora Yale parecía inmutable, exenta del contagio de la modernidad. Mientras Columbia y Cornell vivían en un estado de agitación permanente, en un continuo pactar entre rectores, profesores y estudiantes; mientras la Universidad de Nueva York en Buffalo estaba paralizada a todos los efectos prácticos por el caos; mientras en Harvard, el presidente Pusey se veía obligado a amenazar con expulsiones de profesores, aquí, en Yale, las autoridades académicas seguían ocupándose de problemas eternos como el de las relaciones entre los sexos durante la adolescencia y la primera juventud. En medio del estallido general, Yale seguía siendo un oasis de paz, donde lo único que preocupaba realmente era la regata con el equipo de Harvard o la admisión al club Skull and Bones. Pero, de improviso, el inicio de las sesiones preliminares del nuevo proceso contra Bobby Seale y otros miembros de los «panteras negras» (sospechosos de homicidio premeditado por la ejecución sumaria de un compañero confidente de la policía) ha barrido, quizá para siempre, esa imagen de Yale que tanto gustaba a la mayoría de sus setenta y tantos mil ex graduados.

A raíz de la dura sentencia pronunciada por el juez en el primer proceso contra Bobby Seale (acusado de conspirar contra el Estado por haber participado en la organización de los tumultos en Chicago del 68), millares de estudiantes llevaron a cabo una serie de manifestaciones, luego proclamaron la

huelga general y, finalmente, el primero de mayo, organizaron dos jornadas de protesta que alarmaron de tal forma a las autoridades locales y nacionales que fueron enviados a New Haven varios destacamentos de tropas federales. La sorpresa y la incredulidad llegaron al máximo cuando el presidente de la Universidad, Kingman Brewster junior, admitió públicamente que compartía el escepticismo de todos los que niegan que un «panteón negro» pueda ser juzgado por cualquier Tribunal de Estados Unidos con suficientes garantías de objetividad. Posteriormente, el vicepresidente Spiro Agnew declaró que la Universidad de Yale se había desacreditado totalmente al «apoyar a una organización dedicada a la violencia criminal, a la anarquía y a la destrucción de los Estados Unidos». A lo que añadió «que había llegado la hora de que los ex laureados de Yale pidiesen la inmediata sustitución de Brewster».

La matanza de estudiantes en la Universidad de Kent, las explosiones de violencia e indignación en muchas otras Universidades del país, el susto ante la invasión de Camboya y la forma pacífica en que se desarrollaron los comicios del primero de mayo en el inmenso prado de Yale, han desviado un tanto la atención de Yale, pero el tradicional encanto de esta Universidad está perdido para siempre. Para cientos de familias de la alta burguesía, Yale es ahora un peligroso nido de revoltosos dispuestos a aliarse con los peores enemigos de la legalidad y del orden. El descubrimiento es tanto más penoso cuanto que ningún otro centro de estudios superiores ha gozado jamás de un prestigio social semejante, en la paz o en la guerra, en épocas de prosperidad o, por el contrario, de depresión.

Si es verdad que Harvard es justamente famosa dentro y fuera del país por el número de sus profesores, los cuales han ocupado, en los últimos cuarenta años, puestos prestigiosos como consejeros personales de Presidentes, miembros del «Brain trust» o comisiones de estudio y consulta gubernativa, es también verdad que en los estudios legales más importantes de Wall Street y de Washington, o en los «country clubs» más exclusivos, en los consejos de administración de las mayores bancas y compañías industriales y en esos baluartes del «establishment» que son Newport o

Palm Beach, a nadie se le ocurría poner en tela de juicio el prestigio de Yale. ¿Cómo es entonces que, tras esa fachada de respetabilidad, la realidad ha evolucionado tan rápidamente que no ya sólo un reaccionario como Spiro Agnew sino que un observador tan respetado como Stewart Alsop consideran a Yale en peligro «mortal» debido a la amenaza de los extremistas de la izquierda?

IGUALES A LOS DEMAS

En verdad, después de haber entrevistado a numerosos estudiantes y profesores y a la luz de la historia antigua y reciente de esta gran Universidad, considero indispensable apuntar que las oscilaciones del humor y las orientaciones en una u otra dirección se exageran aquí mucho más que en cualquier otra parte. Recuerdo que hace dos decenios, durante la epidemia de maccarthismo, aquél polemista de salón que fue William Buckley, junior, trató de alarmar a los bienpensantes con un panfleto en el que acusaba a su «alma mater» de haber abandonado las sanas virtudes del conservadurismo de tendencias liberales y de la ortodoxia, a cambio del agnosticismo filosófico y religioso y del colectivismo económico. Que los estudiantes de Yale no estaban inmunizados contra los intereses, las curiosidades, las modas y las extravagancias de sus coetáneos de todo el resto del país, lo ha demostrado ampliamente la policía de New Haven a partir de 1967, cuando en siete irrupciones en los dormitorios de Yale fueron encontrados marihuana, LSD y otras drogas. Aquel mismo año, una encuesta realizada por el diario estudiantil «Yale Daily News», reveló que el 35 por 100 de los estudiantes habían hecho uso de la marihuana. «Sería ingenuo imaginar que los estudiantes de Yale no son iguales a los que frecuentan otras Universidades, o que esta Universidad pudiese aislar a los propios inscritos de la ansiedad y de la discontinuidad que crea la sociedad contemporánea», dice, por ejemplo, Robert Jay Lifton, psiquiatra y sociólogo, que durante años ha dedicado gran parte de su tiempo al estudio comparado de los problemas de los jóvenes en países como el Japón, China, varias naciones europeas y Estados Unidos: «La condición de la juventud en estos momentos es particularmente difícil porque el ritmo

de las transformaciones en el mundo que nos rodea ha convertido el problema (bastante corriente a esa edad) de la búsqueda de la propia identidad en un fatigoso proceso que no puede basarse siquiera en la estabilidad de las instituciones que nos rodean».

DESCONFIANZA HACIA EL MUNDO ADULTO

Pero a pesar de estas dificultades, objetivas, cada día es mayor el número de los que, aunque conscientes, acusan a los jóvenes de habérselo transformado en jueces de sus propios padres y de querer destruir toda autoridad constituida, incluida la de la Universidad. Hasta personas que se han distinguido siempre por sus simpatías hacia los jóvenes, gente como Stephen Spender, Lionel Trilling, Noam Chomsky y Herbert Marcuse, han pedido a la juventud que no se dedique a minar la Universidad, institución sobre la que ha de fundarse toda transformación seria del mundo. Spender ha dicho que los jóvenes que atacan las Universidades se le antojan tan incoherentes como lo hubieran sido Carlos Marx de haberse negado a acudir a la biblioteca del British Museum (donde realizó tanto descubrimientos) hasta que en el museo se hubiese producido una revolución. Pero la comparación no es justa porque en esta Universidad, por la inteligencia de la administración y los esfuerzos de tantos profesores, sobre todo jóvenes puede apreciarse claramente que la revuelta no es nihilista, y que lo que busca la nueva generación es más bien liberarse de un pasado desacreditado así como la garantía de un empeño proyectado hacia el futuro. «Para entender lo que está ocurriendo aquí en Yale, como en tantas otras Universidades, es preciso que nos metamos en la piel de los jóvenes», dice Kenneth Keniston, el sociólogo que ha realizado la investigación más profunda sobre la alienación de los jóvenes americanos y ha explorado las razones psicológicas y sociales que alimentan los impulsos innovadores de los jóvenes más comprometidos.

«Ese período de tiempo que media entre la infancia y el ingreso en la vida activa se extiende cada vez más. Las mejores condiciones alimenticias e higiénicas adelantan la pubertad; aumentan los años que la juventud pasa en los bancos de la escuela; y de este modo, lo que Erik Erikson calificó de "pausa en ex

pasión" ha llegado a convertirse en una fase extremadamente importante de la condición humana y de la sociedad. El número de personas que se encuentran entre los doce y los veinticinco o veintiséis años ha adquirido dimensiones gigantescas. Los americanos entre los doce y los veintiséis años superan los 45 millones. Con el paso del tiempo un porcentaje cada vez mayor de esta población han tomado conciencia de sí mismos, de sus aspiraciones, de lo que les agrada y lo que les repugna, hasta llegarse a un conjunto de modos de vestir, de pensar, de sentir que, en parte, refleja la edad, pero en parte también refleja la encarnación de una nueva condición social y de una nueva realidad no transitoria.

Las manifestaciones de la llamada «youth culture» varían en cada caso. Van desde la música «rock» hasta la pasión por las drogas, de la moda de las prendas estrafalarias a la fascinación por las religiones orientales, de las barbas descuidadas a la prioridad de los contactos directos sobre la eficacia y la organización. No obstante, uno de los errores más peligrosos en que pueden incurrir los que detentan el poder es creer que se trata de fenómenos pasajeros y que la desconfianza en el mundo adulto es resultado de la hábil propaganda de unos cuantos subversivos, tanto en Berkeley como en el San Francisco State College, en la Kent University como en Harvard o en Yale. Muchos observadores opinan que la radicalización de la juventud dorada de Yale es otra prueba de la profunda y creciente distancia entre los jóvenes y el mundo en que se encuentran. Paul Doodman, que publicó hace ya diez años, un elocuente y profundo testimonio sobre la alienación de la juventud americana, teme ahora que se llegue a una guerra de religión entre las jóvenes generaciones que ven la ciencia, la burocracia, las complicaciones y los horrores de la civilización tradicional como algo diabólico, y las clases en el poder que se niegan a reconocer esta nueva fuerza que avanza sin cesar.

En Yale, hombres como Keniston y Lifton han abandonado prácticamente desde hace meses sus actividades científicas para tratar de mantener un diálogo con los jóvenes; y no hay duda de que la novedad más prometedora es el frente común entre la Universidad y los estudiantes, bajo la guía del presidente Brewster. Su programa consiste en una movilización continua hasta el otoño para presionar sobre el Congreso, hacer propaganda entre la población, ayudar a aquellos candidatos políticos que den las máximas garantías de lanzar un continuo desafío a hombres como Nixon, Agnew y el ministro de Justicia Mitchell. ■ MAURO ALAMANDREI.

